

## EL DESCENSO

Marzo de 2020

Al fin decidió armarse de valor y descender los peldaños, bolsa en mano. Iba pendiente de los cerrojos de las puertas, atenta a cada sonido, huyendo de las mirillas en cada movimiento. Desde el anuncio del estado de alerta, tanto ella como la propia finca y sus ocupantes pasaban a ser potencial amenaza, complicando, aún más, el logro de su particular hazaña.

Tampoco le resultaba demasiado fácil coger aire con ese pañuelo que le cubría media cara, ni se sentía, con esos guantes que escondían sus manos, todo lo habilidosa que requería la situación.

Tercero, ¡qué pequeña satisfacción y orgullo sentía cada vez que lograba leer un número menor al del anterior rellano! Esas letras doradas que adornaban el dintel de la puerta del ascensor le sabían a gloria cada vez que las veía. Un pequeño premio que la animaba a perseverar en su propósito y que le permitía desviar por unos segundos la atención del corazón que le latía, desbocado, por cada escalón que salvaba sin contratiempos. Solo esas letras y el imaginar su victoria la ayudaban a controlar un poco las palpitaciones aceleradas y a calmar la presión que sentía en el pecho.

Principal, ya le quedaba menos. Principal, le daba vueltas a su cabeza, principal... Se distraía pensando para mitigar los nervios del descenso... ¿Principal? No... Ya no tenía demasiado sentido esa palabra ahí, se dijo. Y eso que ella se alegraba mucho de poder

verla en ese punto exacto ahora mismo. Era sinónimo de inminente éxito, alcanzaría enseguida la ansiada y oscura avenida. Aun así, no dejaba de pensar en la palabra y en lo equívoca y antigua que le resultaba. Suponía que respondía a la época en la que los más ricos y pudientes se situaban allí cuando no existían los ascensores.

Y entonces se le escapó una leve sonrisa al pensar en lo que se le habría simplificado todo este asunto si hace un siglo el botín que ahora se llevaba hubiera sido de los vecinos del primero, y no del quinto.

## EL PATIO

Marzo de 2020

Hora del cigarrillo. Se puso su chaqueta y salió con ella para protegerse de la brisa que soplaba a esas horas ya avanzadas de la tarde. Estos últimos rayos de sol que apuraba le permitían sentirse en el exterior como si de una tregua se tratara... Y es lo que necesitaba a toda costa después de su monótono décimo día de encierro.

Desde allí fuera, desde el patio, podía tomarse un pequeño respiro, ver a los demás, observar sus ventanas e imaginar sus historias. Podía levantar la vista para perderse entre el movimiento de las nubes en el cielo y dejar fluir, de igual manera, sus pensamientos.

Un poco más y hacia dentro otra vez. Aunque le resultaba algo difícil, una vez dentro seguiría buscando distracciones para continuar con la suma de las horas, de los días, que marcaron cumplir. Pero eso venía después. Aún le quedaban esos minutos de regalo para estirar un poco las piernas, divagar y recuperar el ánimo.

20:00... Ahora sí que le tocaba ya regresar... Y, mientras giraba sobre sí para entrar, oyó cómo rompían el silencio fuertes aplausos y vítores... «Ah —pensó—, seguro que han vuelto a ganar los del módulo 15, esos son imposibles de batir», se dijo mientras cerraban su celda.



## EL PAPEL

Marzo de 2020

Entreabrió los ojos, levantó los brazos para estirarse y aprovechó ese movimiento para dejar caer uno de ellos sobre el despertador, que sonaba escandalosamente en la mesilla. Un día más. Estaba cansada, se levantaba cansada, pero el reconocimiento de cada tarde le daba energía y fuerzas para continuar. No podía contener las lágrimas cada vez que oía la escandalera alegre del vecindario, que se acordaba religiosamente cada día a la misma hora.

Desayunó sin mucho apetito, una ducha caliente y para allá de nuevo. Tenía preparado y a buen recaudo el papel. Su salvoconducto. Ya no basta con tu identidad, con existir. Qué complicado debe de ser vivir bajo esa presión cada día, qué complicado sentir que tienes que justificar una causa a la autoridad para un mero desplazamiento. «Esta anormalidad nuestra de hoy es la normalidad de la vida de muchos», pensó. Y bajó al garaje. Arrancó el coche y llegó más puntual que nunca por la ausencia de tráfico. Fue a los vestuarios, se puso sus zapatos, su gorro, bata. Y a comenzar.

—¿Qué prefiere? ¿La parte de la cola o de la cabeza? ¿Con espina o sin ella? ¿Así está bien, reina? Se lo envuelvo.



## LAS NORMAS

Marzo de 2020

—Dani, ¡bajaste otra vez! ¡Te he visto! —le reprochó María desde el sofá.

—A ver cuánto aguantas tú, ¡que no es tan fácil! Y así tan quieto como tú haces, tampoco me voy a quedar, es aburrido. Además, han sido solo unos pocos segundos —le respondió Dani desde el recibidor, desde detrás del perchero repleto de abrigos.

—Ni pocos segundos ni nada, esto no funciona así, ya lo sabes —continuó ella—. Las normas son las normas, las sabes de sobra. Las sabe todo el mundo. Pero no, tú siempre tienes que hacer lo que te da la gana y a tu manera. Estoy harta.

—Pues vale. Qué pesada. Eres una plasta. Además, ni te fijas. ¿Dónde estoy? Pues encima de la alfombra. Que vas de lista y en verdad no he tocado el suelo en ningún momento. ¡Así que seguimos!

—Pues se lo digo a papá. No tienes ni idea. Ya verás que dice que has perdido, que te quemaste en la lava.